

Decíamos mañana

ASI QUE PASEN CINCO AÑOS

POZUELO

EL primo Eugenio se ha comprado una gorrilla en la calle de los Reyes, esquina a la del Amparo. «No hay otro sitio», dice él. Es uno de los últimos madrileños que cree en los sitios; se va los domingos a la calle del Pozo a comprar los bartolillos que la vieja pastelería hace sólo ese día; antes o después habrá pasado por Martinho, por lo de las yemitas chinas, y habrá evocado a la tía Filomena, que tocaba el arpa —el piano, decía ella, estaba al alcance de cualquiera— en sus habitaciones de Palacio, donde su padre era boticario; y vivía allí, cerca del botamen, por si había un augusto cólico que remediar a eso de la madrugada. Y quizá ese día o cualquier otro se había pasado por El Riojano, de la calle Mayor, para comprar azucarillos, el viejo símbolo fálico que servían dentro de una copa para agua en los antiguos cafés. «Cuando el mundo era el mundo», dice el primo Eugenio.

—¿Qué es ahora, primo?

—Una zaragata.

Se ha comprado su gorrilla y ha encontrado en el viejo arcón de la enorme casa familiar un pañuelo blanco, un *foulard* que llevaba su padre con el abrigo con cuello de terciopelo negro, sobre el frac, que él decía fraque. «Pareces un madrileño antiguo.»

—No emplees redundancias. Si dices la palabra «madrileño», lo de antiguo es obvio; redundante.

Así vestido, el primo Eugenio practica su «hobby» algunas noches, algunos días de la semana: vende tabaco entre los dos Roxy,

cuando los estancos están cerrados, y es ropavejero en un puesto del Rastro. En Fuencarral pregona su mercancía:

—¡Cáncer, quien quiere cáncer!

Y eso le ha hecho muy popular. Sale a nuestra Tía Rosa, que se hizo actriz —lo enseñaba todo representando a «La Revista» en «Cuadros disolventes»— sólo para humillar a la familia; y luego, cuando ya la representación quedaba un poco fofa, se hizo señora de los lavabos del Café de San Millán, y vendía tabaco a la puerta de su yerno, con piedad de los vecinos y desdicha infinita del humillado.

El primo Eugenio ha tapado su cestilla con un hule reminisciente —debió ser de la mesa de la cocina de su casa— y me ha invitado a café con churros.

—Te voy a confiar un secreto. La familia se extingue y conviene que alguien lo sepa todo, para cuando se haga la crónica. Mi secreto es éste: hace cinco años hice la cola de la Plaza de Oriente para ver muerto a Franco. Y lo vi. Te juro que estaba allí, como de piedra, y había gente que se desmayaba y otros que querían tirar claveles, como en una buena tarde de toros.

EL primo Eugenio, en sus años mozos, jugaba al tenis en un club elegante y marcaba las pelotas con una hoz y un martillo. Antes había llevado escarpela tricolor en la solapa —cuando le hacía los trajes Collado: era el sitio— y había ido a los mítines de Azaña. Luego estuvo en algunas cárceles, dentro y

fuera de España. Pero se explica:

—Yo no quería que se fuera sin verle irse. ¿Te acuerdas de lo que decíamos entonces? ¡Que era inmortal! Lo decíamos medio en broma, con sorna; pero en el fondo, en el fondo... Yo, que quieres que te diga, llegué a creerlo.

Ha habido otros inmortales, ¿no?

—No.

—¡Cómo que no! Ashverus, Cagliostro. Todavía andan por aquí. Bueno, pues yo llegué a creer que Franco era inmortal, aunque fuera sin creérmelo. O sea, a la manera española, que es la de creer en todo sin creer en nada. O viceversa. Es la ventaja que tenemos sobre los extranjeros, que creen o no creen, pero no mezclan porque se marean. Aquí vivimos en una elegante fantasmagoría. Es nuestro realismo.

—No te enredes.

—Si quiero, me enredo. Insisto: pasé horas en la cola, llegó mi turno y le vi. Estaba allí y era él, más moneda que nunca, más sello de correos que nunca; más muerto que nunca. Y al día siguiente me fui a ver pasar el armón. No hay nadie más muerto que aquel a quien llevan en un armón de artillería. No pude llegar al Valle, pero fui poco después, para ver la lápida. La vi. De todas formas... Otros se han escapado...

—No.

—¡Ateol! Cuando lo vi todo, me dije que había llegado el momento de empezar a vivir.

—Y no.

—Y no. Todavía estaban Arias Navarro y Fraga, pero yo sabía

que se irían. Luego vino Suárez; y al verle, tan inarrugable, tan de almidón y placha fina, comprendí que nos la habían jugado.

-¿Quiénes?

-Los de siempre. Y los nuevos, también. Carrillo lo entendió en seguida y se fue a un sastre de barrio. Pero ya Felipe le había madrugado y había empezado a ponerse corbata a todas horas: no se la ha vuelto a quitar más que para dimitir y para renacer del Congreso extraordinario. Para que vieran que era un compañero. ¿Has leído a Carlyle?

-En mis ratos de descanso. Para distraerme un poco y quitarme de lo serio: de la televisión, de los periódicos...

-Comprenderás, entonces, donde está el problema del indumento. Acuérdate de la primera reunión del Congreso, cada uno vestido como podía menos Alberti, que te juro que no podía llevar aquella chaqueta de poeta a la romana. Parecían los «sans culottes»; los bancos de la izquierda estaban repletos de jacobinos. Mira ahora una foto de sesión, y verás cómo se han vestido. Los de la izquierda todavía van más sueltitos, pero los de la derecha

parecen escapados de un escaparate de Galerías. ¡Se lo han creído!

-¿Por eso te buscaste tu gorra de visera y tu pañuelo, para distinguirte?

-Uno se distingue siempre, vaya como vaya. Tamames siempre será Tamames, aunque lleve un dorsal de marathón y monte en bicicleta por Príncipe de Vergara, que siempre ha sido Príncipe de Vergara aunque le llamaran General Mola. El hijo del médico, el que salió tan listo que se hizo economista; y del partido. Y Tierno, ya ves, un profesor de provincias metido a alcaballero.

-Estas demoledor.

-Estoy demolido. O simplemente molido. ¿Te das cuenta de que estamos tomando el café del quinquenio, y los churros del quinquenio? Están pasando ahora cinco años del día del armón de artillería. ¡Cinco años!

-Unos meses menos de los que duró la República.

-Y durará más, porque se ha cuidado bien de no ser la República. Compara lo que se ha hecho en este quinquenio y lo que se hizo en el otro. Ahora, nada. Es la manera de subsistir.

-Primo, estás metido en el desencanto...

-No lo creas. Estoy más activo, más vivo que nunca. El encanto lo tiene uno de por sí, y no se lo quita nadie. Mira, mira la calle.

Ha llovido ayer y hoy hace sol. Madrid tiene esa limpieza acuosa, transparente, de algunas tardes de fin de octubre cuando ha llovido y ha salido el sol después. Por en-

cima de las casas hay unos cirros cristalinos, que se amoratan al recibir los últimos rayos de sol.

-Pero no mires arriba... Eso es el cielo, el de siempre. Ahí no pasa nada, por lo menos desde hace unos milenios. Lo que tienes que mirar es la gente. ¿No ves la cara que llevan?

-De españoles. Pálidos, cejjuntos, pensando en el convenio y en el jefe, y en la familia que estará en casa cuando llegue.

-¡Caras de españoles! La habíamos perdido. Yo me miré al espejo después de lo de la Plaza de Oriente, y me vi otro. Estaba sonriente, estaba como rejuvenecido. Era la cara de aquellos días. La mala cara la tenía Fraga, la cara de español. La tiene ahora Sahagún, pero que va a hacerle. Había ▶



Dibujo de Vázquez Calleja, 1923.

La mejor narrativa para este Otoño

CLASICA

D. H. LAWRENCE

El amante de Lady Chatterley
El oficial prusiano y otros relatos
La serpiente emplumada
El arco iris

R.L. STEVENSON

La isla del tesoro
(Traducción de
Fco. Torres Oliver)



STENDHAL

Vanina Vanini y otros relatos
(Prólogo y traducción de
Consuelo Berges)

JOHN CLELAND

Fanny Hill

HONORE DE BALZAC

(Edición de Carlos Pujol)

Papa Goriot

Ilusiones perdidas

Eugenia Grandet

Esplendores y miserias

de las cortesanas

HERMAN MELVILLE

Bartleby el escribiente

(Prólogo y traducción de

Jorge Luis Borges)

FEDOR DOSTOYEVSKI

(Edición de Augusto Vidal)

Los hermanos Karamazov

Crimen y castigo

Humillados y ofendidos

Los demonios

El idiota

El jugador



GUSTAVE FLAUBERT

Tres cuentos

(Prólogo y traducción de
Consuelo Berges)

LEON TOLSTOI

La muerte de Ivan Ilich
y otros relatos

(Traducción de Augusto Vidal)

VIRGINIA WOOLF

Las olas

TRUMAN CAPOTE

A sangre fría

GABRIEL GARCIA MARQUEZ

El otoño del patriarca

PHILIP ROTH

Cuando ella era buena

WILLIAM BURROUGHS

Nova Express

Yonqui

JUAN CARLOS ONETTI

Los adioses

La muerte y la niña

MANUEL ROJAS

Hijo de ladrón

JAMES BALDWIN

El cuarto de Giovanni

LEONARDO SCIASCIA

El mar de color de vino

ROSA CHACEL

Teresa

Barrio de Maravillas

Memorias de Leticia Valle

JORGE LUIS BORGES

Nueva antología personal

Borges oral

JAMES JOYCE

Ulises (2 volúmenes)

GUNTHER GRASS

El tambor de hojalata

CESARE PAVESE

El oficio de vivir. El oficio de poeta

CONTEMPORANEA

GRAHAM GREENE

Nuestro hombre en La Habana

El americano impasible

CAMILO JOSE CELA

La colmena

PIO BAROJA

La sensualidad pervertida

JUAN RAMON JIMENEZ

Elejías andaluzas



BRUGUERA·LIBRO AMIGO

Lo mejor en bolsillo.

POZUELO

que volver a tener la cara de siempre: la de la cólera, la de la mala uva. La del «empenyat», que dicen los catalanes. El encanto nos tuvo embobados, y el desencanto absorotos. Yo, en mi puesto, con mis cigarrillos que vendo uno a uno —y dentro de nada, de medio en medio—, veo pasar las caras, y me preocupó la del encanto, pero más la del desencanto. ¡Qué gente, si parecía inglesa! Ahora han vuelto en sí. Hay broncas por nada, hay hasta peleas. Los maridos vuelven a sentirse enemigos de sus esposas, y ellas no han dejado de serlo nunca, las oprimidas. Los hijos y los padres se llevan cada vez peor. No digamos nada de obreros y empresarios, de jefes y empleados. Cada uno está seguro de que el otro tiene la culpa. Mira cómo pasan: gritándose unos a otros, contando historias infinitas, como en los sainetes; o silenciosos y cerrados, haciendo por dentro las cuentas del fin de mes. ¿Sabes lo que significa eso?

—Un desastre.

—¡Una bendición! Significa que el español ha vuelto a creer en él mismo, y a no fiarse de nadie. El español de la época de Franco era una delicia, porque lo detestaba todo; y estaba en su razón, porque todo era detestable. Hasta los de derechas detestaban. Quizá más: se les mezclaba un complejillo de culpabilidad, que siempre es el miedo a que los otros descubran que uno es culpable. Yo creo que entonces Franco mismo no era franquista; no podía dejar de ser Franco porque no le dejaban. Si por poco no le dejan ni morir, que ya era la única manera de dejar de ser él mismo. Pero luego se empezó a creer cosas: las autonomías, los partidos políticos, las elecciones generales, la propaganda política. ¡Si hubo un momento en que creyó en la televisión! Pasaba la gente y sonreía. Luego llegó el momento de no creer en nada, y se les quedó la boca abierta. Fíjate ahora en las bocas: o están apretadas o están gritando. El español vuelve a ser español.

—Pero es que cuando ha sido más español, han sucedido cosas terribles...

—No más terribles que en otros

sitios; quizá menos. Menos terribles que en Alemania ¿te acuerdas? O con Stalin y sus gentes; menos terribles que en Francia con la ocupación y la resistencia. Ese es un complejo que hay que quitarse.

EL primo Eugenio ha acabado sus churros, ha pedido un vasito de aguardiente, pero no hay; se conforma con un anís que le produce una cierta repugnancia. Ya no es lo suyo. Las nubes se van cerrando, el tráfico brama.

Recuerdo que Lacán o Bachelard —cuando les recuerdo, les confundo: que heterodoxia, que incultura— contaba que el ruido del tráfico al borde de su casa le adormecía, porque mentalmente lo convertía en ruido de mar, de olas. El primo Eugenio ve este malhumor de la calle y le parece la fiebre del español cuando vuelve por sus fueros. Quizá sea sólo un tránsito, un tráfigo de cigas hormigas.

—Y yo les vendo tabaco. Y les grito que es cáncer, cáncer puro y barato; y me lo compran porque son españoles y tienen rabia. Y se van aquí, al cine, para ver otras cosas; pero no dejan de pensar en que son españoles a los que quieren engañar otros españoles.

—¿Sería ese el balance de cinco años?

—Así que pasen cinco años, escribía García Lorca... Sí, podría ser ese el balance de esos cinco años, nuestros primeros cinco años de tercer mundo visible: cinco años más cuarenta años. Más un montón de siglos. Mírales: ya están otra vez los obispos detrás de ellos, ya está la jauría de los curas persiguiéndoles; ya se dicen unos a otros que cualquier día (el mejor día, dicen ellos, con un curioso modismo que siempre indica que puede ser el peor día) hay un golpe de estado; ya están sintiéndose otra vez reprimidos, mal pagados, mal tratados, olvidados, utilizados, convertidos en marionetas, en comparsas. Ya se están dando cuenta de todo. ¿Cómo quieres que me sienta desencantado? Ya verás, cualquier día vuelven a leer los periódicos, y a sentir que tienen que participar, y echar fuera fantoches planchadísimos...



Dibujo de
Echea,
1923

Y se va con ellos. Ya ha quitado el hule floreado de su cestilla de mimbre; ya me ha dicho al salir la suprema elegancia del madrileño, la frase de la verdadera confianza: «Anda, te dejo pagar»; ya está en su puesto —el hombre que sabe de sitios sabe que ese es su sitio— gritando, a escaso pulmón —pulmón de madrileño asmático, como debe ser— su frase gloriosa: «¡Cáncer, quien quiere cáncer!» Tiene la gorrilla un poco ladeada y el pañuelo flojo, suelto. ■ POZUELO